

Sobre *La seducción de lo diverso.*
Literatura latinoamericana comparada,
de Marcela Croce. Buenos Aires: Interzona, 2015.

✉ JULIA SABENA / Universidad Nacional del Litoral – Universidad Nacional de Rosario – CONICET
juliasabena@gmail.com

En un mundo —el académico— en el que su actual lógica cuantitativa nos inunda de *papers* cuya previsible repetición y escaso rigor (con excepciones) se van naturalizando, una voz querellante es muy bienvenida. Más aún si su provocativo desenfado está acompañado de erudición sólida, lecturas inteligentes, argumentos claros, fina ironía. Marcela Croce despliega todos estos elementos en un libro que reúne trabajos producidos a lo largo una década, aunados por una impronta latinoamericanista y una aspiración que apunta menos a un acuerdo con lo expuesto que a estimular el pensamiento crítico.

Una primera parte de corte teórico metodológico se denomina «Utopía intelectual», en consonancia con publicaciones y encuentros coordinados por Croce, quien viene trabajando impulsada por la misma fe latinoamericanista que lejos de actuar como ideal se erige como horizonte y motor altamente productivo. En ese sentido, y demostrando aptitud retórica, se van desplegando las partes de lo que conforma la parte más propositiva del libro: la presentación de la teoría de literatura comparada (que recorre sus hitos y las apropiaciones que sucesivas teorías hicieron de ella) y los fundamentos de su elección, no adoptada sin más sino adaptada al suelo americano, que permita construir una historia de la literatura latinoamericana con visión supranacional (enunciada más como «flexión de futuro» más que con sustento en el pasado) estableciendo los vínculos necesarios entre las naciones, y desprovista de las simplificaciones a las que el objeto es sometido en universidades metropolitanas. Algunas de esas simplificaciones son indagadas y advertidas cuando la autora desmonta presupuestos sobre los que se asientan los estudios poscoloniales, mayoritarios en las academias norteamericanas a las que muchos académicos al sur del Río Bravo siguen con fervor. Quedan planteados algunos de los peligros que pueden darse como consecuencia de trasplantar sin más teorías que fueron concebidas para otros sistemas literarios o culturales.

El paso siguiente obliga a detenerse en la obra de determinados americanistas como punto de partida para plantear una teoría que, desde Latinoamérica, pueda servirnos

para estudiar nuestra literatura abarcada en su dimensión heterogénea. De esa manera los estudios literarios serán resistentes a los discursos no inocentes que reproducen viejos modos de dominación. Con este marco se recorren métodos, teorías, cánones (el poco feliz de Bloom frente a la Biblioteca Ayacucho, la Biblioteca Americana, la colección Archivos de la UNESCO), asediando sus razones, señalando aciertos, proponiendo suturas aun en aquellos más encomiados. Siempre atenta a la complejidad de los planteos (paradójicamente, allí donde la enunciación es sencilla y libre de jerga), arma una serie latinoamericanista que tiene su comienzo en José Martí y encuentra puntos álgidos en las utopías de Ángel Rama y Pedro Henríquez Ureña.

Otras series —frutos del comparatismo expuesto— se proponen en la tercera parte («Unidad en la diversidad»): la primera tiene su foco en la indagación del «alma criolla» —indagación aplastada por el ajuste homogeneizador que los estudios poscoloniales dieron al objeto «criollismo»—; otra se presenta como estela del modernismo (acaso «el inconsciente poético americano» —41—), como formulación poética y como parodia; le siguen versiones diferentes del *boom* con el caso Padilla sobrevolándolas; acercamientos diversos a México y la masacre de Tlatelolco; y una última serie se detiene en trayectos urbanos hechos por historiadores y escritores. Recorre, así, lecturas y posicionamientos, y en su recorrido importan menos los objetos que las posiciones que develan los diversos acercamientos: la lectura implacable y amplia —en el sentido temporal y geográfico— que hace Croce sobre ellos desentraña asertos engañosos. En un momento el celo y la fe se vuelven pasión y la autora no duda en elevar unas líneas enojadas desnudas de ironía para desenmascarar la falsa buena intención de quienes se elevan por sobre el pueblo latinoamericano y dicen expresar su esencia; de quienes el anverso los muestra revolucionarios y el reverso reaccionarios y conservadores. Exalta sin ambages las lecturas «a contrapelo», en este caso, del *boom*. Pero la exaltación se celebra sobre la actitud: una actitud que desbarate, que permita la entrada a las divergencias y que ponga sobre el tapete las contradicciones.

El cuarto apartado reúne «Crítica y ensayo», argentinos y brasileños. Como «figura rectora», la obra de Rama es visitada e interrogada *in extenso*, destacando la capacidad del uruguayo de organizar un sistema, de resistir los embates de las modas que las metrópolis imponen, y señalando asimismo las debilidades que encuentra en el recorrido, en coherencia con una lectura crítica que no admite concesiones. Es importante poner en relieve el legado de Rama y en práctica sus lecciones: incorporar a Brasil al corpus, preferir un tono más refrescante para la expresión clara de ideas concretas antes que el más académico y de jerga para la repetición de tópicos tantas veces errados o vacíos de contenido; otorgarle productividad a la intuición del investigador literario (amparada en «el control que proveen la historia y las propias manifestaciones artísticas» —26—), frente al pretendido cientificismo que busca ajustar las disciplinas humanísticas a la formulación de las duras, entre tantas otras.

Tal vez el capítulo más original sea el que se erige como ejemplo de crítica comparada: aborda un objeto cuyo estudio puede abundar en ricas conclusiones

y que sin embargo se presenta como escasamente concurrido: las producciones argentinas y brasileñas que al recibir en forma simultánea los estímulos de las novedades metropolitanas, son pasibles de fructíferas comparaciones. Consecuente con los postulados de corte metodológico, Croce compara los trayectos de dos críticos que conforman esa «serie» (o podría formularse, en consonancia, como «sistema crítico»): Antonio Candido y David Viñas, demostrando la potencia que el método comparatista puede tener ejercido sobre este campo y que arroja, de hecho, resultados sugestivos recorriendo los puntos sobresalientes de ambos ejercicios: las categorías principales y formas de la crítica (el «sistema» en Candido y su presentación —explícita— más tradicional y organizativa, y las «constantes con variaciones» en Viñas, presentadas al modo de «ajustes de cuentas con el canon nacional y los predecesores críticos» —229—); la resonancia y proyección en el campo cultural, sus posiciones disonantes sobre los excéntricos, las figuras centrales, los periodos trabajados, el lugar de la prosa y la poesía, el papel de lo nacional y de la ideología, la presencia de Latinoamérica (resultado de una evolución consciente en Viñas y apenas como presencia transitoria en Candido). En el deseo compartido de organizar una historia de la literatura nacional «con nomenclatura propia» (238), la justificación aparece como «espíritu» en Candido y «voluntad» en Viñas, que al expandirse resultan en sistema literario y voluntad nacional, considerados por la autora como un paso previo necesario para una evolución hacia la perspectiva supranacional.

El libro se cierra con una quinta parte que recorre lo maravilloso y lo siniestro en la obra de Marosa de Giorgi, de la Banda Oriental, y transita los textos del chileno Pedro Lemebel cuya densidad se escudriña: en la resultante entre el gótico, el policial negro, el *kitsch*, el cine de Hollywood se encuentra una misma búsqueda de unidad latinoamericana, haciendo del sida un equivalente a la avanzada de las tropas norteamericanas en los países del sur, o una importación latinoamericana de la cultura del norte. Frente a lo gay, lo «trans» como marca de resistencia funcionaría en Lemebel, según Croce, perturbando «en Latinoamérica toda complacida tendencia a ser un apéndice colonial» (314).

Reponer la utopía intelectual latinoamericana en las agendas de investigación subcontinental, saturadas de especulaciones académicas y esfuerzos aislados, estimular la «melancolía crítica como impulso creativo» y, adaptando lo que expone Croce en el capítulo sobre Disney y sus estrategias para operar sobre las conductas infantiles, devolver al crítico latinoamericano la voluntad de intervenir en una operación que lo involucra. No son impulsos menores los de *La seducción de lo diverso*.